

arte. Esto no ha faltado en Francia de tres siglos acá; y gracias al respeto por el «número menor», siempre será allí posible una «música de cámara» de la literatura, como no se encuentra en ninguna parte de Europa.

La segunda prerrogativa de los franceses en su antigua y múltiple cultura moral: hasta en los pequeños novelistas de folletines y en los boulevards, se encuentra á cada paso una sensibilidad psicológica exquisita, de la cual no se tiene idea en Alemania. Para llegar á esto, necesitarán los alemanes dos siglos de paciente trabajo como los tuvo la Francia; quien por tal motivo llaman ingenuos á los alemanes, cambiará su defecto en alabanza. (Como contraste á la inexperiencia alemana y á su inocencia psicológica, pariente cercana del aburrimiento que reina en la buena sociedad alemana, y como expresión la más feliz de este dominio francés de emociones sutiles, me contentaré con nombrar á Enrique Bayle, una especie de precursor de Napoleón, que recorrió majestuosamente su Europa explorando su alma; han sido necesarias dos generaciones para adivinar algunos de los enigmas que atormentaban y entusiasmaban á este singular epicúreo misterioso, último gran psicólogo de la Francia.)

El tercer título de los franceses á la superioridad, es su feliz síntesis del Norte y del Sur, la cual permite á los franceses comprender y hacer muchas cosas que no podría un inglés; su temperamento, que periódicamente se vuelve hacia el Sur, y se aleja de él después de recibir una corriente de sangre provenzal y ligúrea, preserva á Francia del horrible gris del Norte, de la fantasmagoría y anemia de los países que no tienen sol, de nuestra enfermedad germánica del gusto,

contra cuyo exceso suele prescribirse la sangre y el hierro, es decir, la «gran política», como terapéutica peligrosa que hace aguantar, pero no esperar.

Hoy en Francia hay expectación de aquellos hombres raros, difíciles de contentar, de vista demasiado amplia para que hallen satisfacción en los límites estrechos del sentimiento ultrapatriótico; hay expectación de hombres que sepan amar al Sur en el Norte, y al Norte en el Sur, en suma, de buenos europeos, europeos del porvenir.

Para éstos fué escrita la música de Bizet, último genio que ha vislumbrado nuevas bellezas y encantos y descubierto la música del Sur.

255. Contra la música alemana creo necesarias algunas precauciones. Cuando uno ama al Sur como yo le amo, como una gran escuela de restauración espiritual y corporal, como una inmensa orgía de luz y de salud, en la cual puede hallar expansión un ser lleno de independencia y de fe en sí mismo, deberá guardarse de la música alemana que echándole á perder el gusto, perjudicará también á su salud. El meridional (séalo por nacimiento ó por la fe) cuando sueña en un porvenir de la música, debe soñar también en redimirse de la música del Norte, y sentir en sus oídos el prelude de una música más profunda, más potente, más maligna y misteriosa; de una música superalemana, la cual ante el aspecto del mar voluptuosamente azul y del sol meridional, no palidezca, no se esconda, no huya como la música alemana; sentirá en sus oídos una música supereuropea, que sea capaz de resistir á las inflamadas puestas de sol de los desiertos africanos, y cuyo espíritu sea amigo de la palmera y esté como en su casa en medio de las hermo-

sas fieras, feroces y solitarias. Mi ideal sería una música cuyo mayor encanto consistiese en la ingnorancia del bien y del mal, una música temblorosa con nostalgia de marino, una sombra dorada, un tierno recuerdo, un arte que absorbiera en sí á gran distancia todos los colores del sol moral que se pone, del mundo moral que pasa, y que acogiese también á los fugitivos rezagados.

256. Gracias á la aversión morbosa suscitada y mantenida por el delirio nacionalista entre los pueblos de Europa, gracias á los políticos de vista corta y de mano larga, los cuales en virtud de tal aversión están en auge, y ni siquiera presienten que su política es una política de entreacto; gracias á esto y á otras cosas que hoy no pueden expresarse, se descuidan y se interpretan arbitrariamente los indicios de una gran «unificación europea». Todo el trabajo secreto del alma de los hombres más profundos tendía á preparar tal síntesis y á hacer experimentos con el europeo del porvenir; sólo en apariencia, ó en las horas de debilidad ó en la vejez, participaron del movimiento «patriótico». Me refiero á los hombres que se llamaban Napoleón, Goethe, Beethoven, Stendhal, Heine, Schopenhauer. A estos nombres añado el de Wagner, por más que él no lo creyera; tales genios tienen el derecho de no entenderse á sí mismos. Y tampoco se debe hacer caso de la vocería levantada en Francia contra él; es un hecho innegable que entre la neo-romántica francesa de hace cincuenta años y Riccardo Wagner existe íntima afinidad. En todas las alturas y profundidades del reino intelectual, aquellos hombres grandes están estrechamente unidos; la Europa, la Europa *una*, el alma europea, por artes múl-

tiples é impetuosas, aspiran á elevarse... ¿A qué? ¿A una nueva luz? ¿A un nuevo Sol? Pero ¿quién podría expresar con claridad lo que no pudieron expresar estos hombres inventores de nuevos lenguajes? Es lo cierto que todos sentían en su alma las mismas tempestades, que todos *investigaban* del mismo modo, estos últimos entre los grandes investigadores. Todos ellos estaban impregnados de literatura, poseían cultura «católica», y la mayor parte eran escritores, poetas, reveladores y amalgamadores de artes y de sentidos (Wagner como músico está clasificado entre los pintores, como poeta entre los músicos, y como artista genérico entre los grandes actores); todos ellos eran fanáticos de la *expresión* á toda costa (y más Delacroix, afín de Wagner); todos ellos grandes escritores en el reino de lo sublime y también en el reino de lo bruto y de lo horrible, escritores todavía mayores en el efectismo, en la *mise en scène*, en el arte de la exposición; todos, finalmente, de ingenios muy superiores á su genio: virtuosos, perfectos, seductores, atrayentes, vencedores; enemigos jurados de la lógica y de las líneas rectas; ávidos de todo lo extraño, exótico, monstruoso, tortuoso, contradictorio; Tántalos de la voluntad; plebeyos recién llegados, incapaces, así en el vivir como en el crear, de un *lento* aristocrático—ejemplo Balzac;—trabajadores desenfrenados, que con el trabajo se destruían á sí mismos; antinomistas y rebeldes en las costumbres; ambiciosos é insaciables sin equilibrio y sin goce; pero todos ellos adoradores de la cruz cristiana (porque ¿quién de ellos habría sido bastante profundo y original para concebir una filosofía del Antecristo?); en conjunto, una especie de hombres superiores, audaces, temerarios, violentos, cuyo vuelo de águila arrastraba á los de-

más, y que enseñaron á su siglo de las masas el concepto de «hombre superior»...

Los alemanes amigos de Wagner bien harían en examinar concienzudamente si en el arte wagneriano es todo alemán, ó si precisamente su gloria sea el haberse inspirado en fuentes superalemanas; y no olviden el hecho de que para el perfeccionamiento de su tipo fué indispensable París, que le llamó y le atrajo imperiosamente en el momento más decisivo, y toda su manera de presentarse, todo su auto-apostolado no pudieron perfeccionarse sino por el socialismo francés. Y si profundizamos más, veremos—y esto redundará en honor del germanismo de Wagner—cómo se mostró más vigoroso, audaz y elevado, y menos escrupuloso, de cuanto pueda serlo un francés del siglo XIX; lo cual se debe á que nosotros, los alemanes, estamos más cercanos de la barbarie que los franceses. Quizá lo más singular de lo que Wagner ha creado, será siempre inaccesible é incomprensible para toda la raza latina: la figura de *Siegfried*, de este hombre *muy libre*, demasiado libre, demasiado rudo, alegre y sano, demasiado anticatólico para que guste á los pueblos que se glorían de una civilización antigua y decrepita. Podrá significar un pecado contra el romanticismo este *Siegfried*; pero ya expió Wagner su pecado, cuando en su ancianidad—quizá por gusto, quizá por política—comenzó con su habitual vehemencia religiosa á predicar la *peregrinación á Roma*.

CAPITULO IX

QUÉ COSA ES LO ARISTOCRÁTICO

257. Toda nueva elevación del tipo «hombre» fué hasta el día de hoy obra de una sociedad aristocrática, y así será siempre: será siempre debida á una sociedad que tenga fe en la necesidad de una larga escala jerárquica y de una profunda diferencia del valor de hombre á hombre, y que para llegar á su fin necesite de la esclavitud bajo una ú otra forma. Sin el «*pathos*» de la distancia que nace de la encarnada diferencia de clases, y del constante mirar alrededor de sí y debajo de sí, y del constante ejercicio del mandar y del tener á los demás oprimidos y lejanos, no sería posible el otro misterioso «*pathos*», el deseo de ampliar las distancias dentro del alma misma, el desarrollo de estados anímicos, cada vez más elevados, más varios y lejanos, más amplios, en dirección á alturas ignoradas; en una palabra: la elevación del tipo hombre, el incesante triunfo del hombre sobre sí mismo (para emplear en sentido supermoral una fórmula moral). Y no hay que hacerse ilusiones humanitarias acerca del origen de una sociedad aristocrática (y, por tanto, acerca de la elevación del «tipo hombre»); la verdad es dura. Digamos, sin ambages, cómo comenzó siempre en la tierra toda civilización elevada.

Hombres de naturaleza primitiva, bárbaros en el más terrible sentido de la palabra, hombres de ra-